

lismo, vanguardia y neocapitalismo», dentro del libro colectivo «Reflexiones ante el neocapitalismo», recientemente aparecido. Entre los últimos ejemplos, el más destacado lo constituye la novela «El mercurio», de José María Guelbenzu (Seix-Barral), finalista en el Premio Biblioteca Breve. Modelo de anti-novela, «El mercurio» supone la desintegración de las rígidas estructuras lineales de la narrativa académica. Y si se llega hasta Martín-Santos en la búsqueda de un precedente, no hay que olvidar la tremenda gravitación que ejerce sobre la «nueva novela» hispánica la obra subyugante y revolucionaria de Julio Cortázar. «El mercurio», que reúne los más hete-

rogéneos elementos expresivos, es seguramente novela difícil para la pereza mental que prevalece en el público medio español: exige la colaboración del lector, reclama complejidad e imaginación, desconcierta y hasta irrita. En su condición de obra excepcional, marginal, de modelo experimentalista, radica su innegable importancia. El autor, José María Guelbenzu —del grupo intelectual de «Cuadernos para el diálogo», es un madrileño de 1944. Cabe otorgarle un amplio margen de confianza: las esperanzas que en él pueden ponerse se cumplirán, sin duda, cuando amplíe su mundo y depure y personalice aún más sus abundantes recursos. ■ E. G. R.

EL "LIVING" VUELVE A USA

Un regreso triunfal y peligroso

Hace un par de semanas hablábamos en TRIUNFO de los problemas que las autoridades de Avignon habían planteado a Jean Vilar y al «Living Theatre». El asunto se resolvió, finalmente, de forma penosa. El «Living», ante las presiones y limitaciones de que era objeto, decidió marcharse de Avignon. El trabajo, preparado durante varios meses, lo ofrecieron en Tolón, a cuya ciudad se desplazaron algunos de los que seguían, o querían seguir, el Festival de Avignon. Total, que entre los recortes del programa, derivados de los acontecimientos de mayo y la disminución de las subvenciones, y los recortes del «Living», el Festival se redujo, prácticamente, a los espectáculos de Maurice Bejart.

¿Y el «Living»? se preguntarán algunos. ¿Qué va a ser del «Living Theatre», la compañía que, durante cinco años, ha revolucionado una serie de supuestos del teatro europeo? ¿A dónde irán ahora? Pues ahora irán a los Estados Unidos de América, a su país, a la tierra de donde salieron, a la sociedad que estimuló su investigación como la enfermedad estimula al médico. Sólo que ahora vuelven con un peso y una autoridad que antes no tenían; vuelven con su experiencia de cinco años de lucha en tierras europeas. Salieron con Brown y con Gelber; vuelven con espectáculos hechos por ellos mismos, con la realidad de un teatro cotidiano en el que la literatura nada significa o significa muy poco, pero en el que la crueldad, lejos de las valoraciones de Sade, es un valor histórico, una manifestación recusable de nuestra época. Una manifestación que el teatro investiga no por pura complacencia,

sino ante la necesidad de poner sobre la escena hombres que sean como ese espectador acostumbrado a las palabradas de miel, a que el actor le bese los zapatos. Se trata de romper la baraja para que el teatro deje de ser juego de sociedad y vuelva a su carácter de ceremonia, de ceremonia reveladora. Al espectador hay que integrarle, unirle al actor, hacer de él mismo un actor, porque si no el espectáculo será como una mansa lección rápidamente asimilada, digerida. Suframos todos, desesperémonos todos, reclamemos todos, sin hacer del sufrimiento, la desesperación o la demanda un simple espectáculo artístico. En definitiva es lo que, por otros caminos, pedía Brecht, hoy tan digerible, tan digerido por la sociedad occidental.

Estas van a ser las conocidas cartas que el «Living» lleva a su país. Al país de la violencia. De los presidentes conservadores. De los mil rostros desagradables. Pero, también, al país del «Living» al país donde un sector quiere ver al «Living», al país de las Universidades, al país del senador Eugene McCarthy. De los dos McCarthys. Al país de los que van y los que no quieren ir al Vietnam. A las dos Américas del Norte, una de las cuales representa este admirable grupo de Beck y la Malina, y quienes ahora, supongo que contra mil dificultades, han conseguido que regresen.

Jira triunfal, se predice. Y jira peligrosa. Jira necesaria. Porque es justo que la izquierda americana presente al «Living» como una de sus manifestaciones, como un rostro que oponer a los que, tantas veces, nos desconciertan o inquietan. ■ J. M.

UN AUTOR SE EXPLICA

Habla el padre de "Bonnie & Clyde"

El 23 de mayo de 1934 Bonnie Parker y Clyde Barrow caían muertos en una emboscada de la Policía a pocos kilómetros de Arcadia, Louisiana. En sus cuerpos pudieron contarse setenta y cuatro balazos. Hacía cinco años que mantenían en jaque a las autoridades de cinco estados. Clyde y Bonnie cometían atracos a bancos, robaban coches, mataban de cuando en cuando a alguien... Vivían peligrosamente: algo más que los millones de norteamericanos abrumados por la tremenda depresión económica de 1929. El desempleo, el paro eran los fantasmas habituales de una sociedad que, hasta el momento, había vivido alegre

y confiada, creyéndose instalada en el mejor de los mundos. Hablando de «Bonnie & Clyde», su director, Arthur Penn, ha dicho: «Es un film social en la medida que se refiere al período de la depresión en los Estados Unidos. Los jóvenes se sentían excluidos de la sociedad, mientras que la sociedad parecía destruirse económicamente a sí misma».

La violencia aparece una vez más en el cine de Arthur Penn, una violencia de signo muy diferente a la que continuamente hace acto de presencia en el cine americano como sublimación de sentimientos inconfesables. En «El zurdo», su primera película, produ-



—En los países fríos estos bombardeos nos lo agradecen más, ¿no, John?

art buchwald

PRESIDENTE DEL MUNDO

RECIENTEMENTE, en Europa, a dondequiera que fui, se me hizo la misma pregunta: "¿Quién va a ser el próximo presidente de los Estados Unidos?"

La elección de presidente en Estados Unidos ha alcanzado tan grandes proporciones que creo que sólo hay una solución para el problema, y es la de que los Estados Unidos abran sus elecciones presidenciales a todo el mundo. A cualquier ciudadano, de cualquier país, mayor de veintitún años de edad, debería permitírsele votar para elegir al presidente de Estados Unidos. De este modo sería escogido basándose en su popularidad en el mundo entero, y no sólo en nuestros cincuenta estados.

Las ventajas de tal elección sobrepasarían el costo de instalar colegios electorales en lugares tan lejanos como Sierra Leona o Borneo. Y si el presidente fuera elegido por el mundo entero, nadie podría quejarse de que sólo representa los intereses de nuestro país.

Puesto que todos participarían en la elección, las gentes de otras naciones estarían obligadas a apoyarlo y a respaldarlo en las decisiones que les afectasen. Creo que si abrimos las elecciones a todo el mundo, cesarán los ataques al dólar y las demostraciones contra nuestras embajadas, y la Sexta Flota será bien recibida en todas partes.

Sé que habrá gentes que dirán que la idea es impracticable. Señalarán que sería muy costoso para los candidatos hacer campaña en todas las regiones del globo y, además, habría la barrera del idioma. Pero éstas no son objeciones serias. Durante cuatro años, Richard Nixon ha estado viajando por todo el mundo en campaña por nuestra presidencia, y esto no le ha perjudicado. Con televisión mediante satélites, los otros candidatos pueden enviar sus mensajes, hasta con subtítulos. No habría dificultades para adaptar una campaña política norteamericana a un patrón universal.

Los críticos dirán que muchos pueblos en el mundo no están suficientemente informados para votar por un presidente norteamericano. Pero esto es, por supuesto, una mentira. Todo el mundo sabe acerca de la política norteamericana, y hasta en la Unión Soviética, de donde acabo de regresar, las personas que rehusaron expresar opinión sobre su propio gobierno no tuvieron el menor inconveniente en hacerlo respecto al nuestro.

La única manera de lograr que el resto del mundo apoye a los Estados Unidos es permitirle que participe en la elección de nuestro presidente. ¿Por qué tienen que ser sólo los norteamericanos quienes asuman la responsabilidad de elegir a Nixon, Humphrey o McCarthy, cuando todos los demás van a criticar la elección, de todos modos?

(Copyright 1968, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)



cida en 1956, Penn explicaba por qué William H. Boney, más conocido como Billy el Niño, se produjo en la vida con aquella desahogada violencia; no tenía otro recurso ante una sociedad que había instituido la violencia como norma; pero, por eso mismo, la sociedad no consentía una violencia que se hallara fuera de los cauces marcados y legalizados. Penn no justificaba a Billy el Niño: lo explicaba históricamente. Es lo que ha hecho con Bonnie y Clyde. Ante todo se trata de una crónica histórica. El revuelo que se ha armado en torno al film puede haber

contribuido a desfigurar su verdadera significación, y conviene observar que nos encontramos ante uno de los más lúcidos y apasionados testimonios sobre nuestra época, a través de la crónica puntual —manipulada por cierto gusto romántico y humorístico— de una época pasada.

Quizá pueda desfigurar también la comprensión del film la copia que se proyecta aquí, en la que están ausentes algunos datos esenciales. Por ejemplo, el desnudo de Faye Dunaway en la primera escena. El autor explica sus motivos: «Era para mostrar que estaba "disponible" y esperaba que alguien la desacara y se la llevase. Era una forma rápida y elíptica de significarlo, sin tener que volver sobre ello en el curso del relato. La idea era la siguiente: ella estaba sola, reflexionaba sobre lo que la vida debía ser, y lo terrible que era en ese momento; iba a la ventana y veía a Clyde. Era una introducción muy romántica, sin dudas».

Algo más grave es que en la versión proyectada no aparezca por ninguna parte el problema de la impotencia de Clyde, que se explicitaba en una escena de la versión original y que aquí, por un extraño montaje, adquiere un sentido completamente distinto. Penn tiene algo que decir sobre la cuestión: estima que a Clyde «le gustaba el gang, la vida "entre hombres", más que una vida basada en el amor hacia Bonnie. Por supuesto, había en el fondo el embarazoso problema de su impotencia; por esto prefería estar con muchachos, para no hacer frente a esa situación embarazosa». El conocimiento de estos datos es imprescindible para apreciar el «tono» del relato, las intenciones del autor, las conductas de los personajes... ■ J. G. D.

VENECIA, UN FESTIVAL EN TRANCE

Después del aplazamiento, la reanudación



La Mostra ha sido aplazada, no suspendida, como se creyó en un primer instante. Al cierre de este número se dice que será inaugurada el día 27. De todas maneras, la tensión continúa en los pasillos del Palacio del Festival. Chiarini, el hombre fuerte de Venecia, acusado de dictador, de fascista, por la prensa de derecha e izquierda, dimitió, pero comunicó poco después que como su renuncia no había sido aceptada continuaría al frente del Certamen. También dimitió el Jurado en pleno, pero se rumorea que volverá a reunirse si el Festival reanuda sus sesiones. Todo es confuso. Marcuse se declara partidario de la existencia de la Mostra. Jean Paul Sartre declara que ni los Festivales de cine ni los concursos literarios de-

berían existir: los premios de unos y otros no son sino una fórmula para manipular al consumidor. El frente de oposición a la Mostra está formado por Cesare Zavattini, Ugo Gregoretti y Gillo Pontecorvo. Por su parte, Pasolini está en la cuerda floja; unas veces a favor, otras en contra. Antonioni ha escrito desde Estados Unidos —donde rueda un film producido por el capital americano— una carta solidarizándose con los que tratan de boicotear el Festival. Buñuel ha dirigido un comunicado a Chiarini solidarizándose con su gestión. La «contestación» de Venecia ha empezado ya. Los días sucesivos resolverán la incógnita de esta edición veneciana, que ha comenzado bajo el signo de la zozobra y la confusión. En la foto, Luigi Chiarini, rodeado de periodistas.

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, Chumy-Chúmez J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, R. López Goicoechea, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla. FOTOS: Cifra, Europa Press y Archivo.